LIBRO SEGUNDO.

TRATA GUZMAN DE ALFARACHE DE LO QUE LE PASÓ EN ITALIA HASTA VOLVER A ESPAÑA.

CAPÍTULO I.

Sale Guzman de Alfarache de Siena para Florencia, encuéntrase con Sayavedra, llévale en su servicio, y antes de llegar á la ciudad le cuenta por el camino muchas cosas admirables, y en llegando allá se la enseña.

Focion (famoso filósofo en su tiempo) fué tan pobre, que apenas y con mucho trabajo alcanzaba con que poder entretener la vida. Por lo cual, siempre que de sus cosas trataban algunos en presencia del tirano Dionisio, su gran enemigo, se burlaba de ellas y de él, motejándole de pobre, por parecerle que no le podia hacer otra mayor injuria. Cuando aquesto llegó á noticia del filósofo, no solo no le pesó, sino que, riéndose de él y de su locura, respondió á quien se lo dijo: Por cierto, Dionisio dice mucha verdad llamándome pobre, porque verdaderamente lo soy; empero mucho mas lo es él, y con mas veras pudiera tener vergüenza de sí mismo y afrentarse, porque si á mí me faltan dineros, los amigos me sobran: tengo lo mas, y fáltame lo menos; empero él, si dineros le sobran, los amigos le faltan, pues no se le conoce alguno que lo sea suyo. No pudo este filósofo satisfacerse mejor, ni quebrarle los ojos con mayor golpe ó pedrada que con llamarle hombre sin amigos. Y aunque acontece muchas veces comprarse con dineros, y suele ser este camino el principal de hallarlos, nunca este tirano supo granjearlos ni tenerlos. Y no es de maravillar que le faltasen, porque quien dice amigo, dice bondad y virtud, y quien ha de conservar amistad, ha de procurar que sus obras correspondan á sus palabras; y como todo él era tiranía, en todo de mala digestion y peor trato, y los amigos no se alcanzan con sola

buena fortuna, sino con mucha virtud, careciendo él de ella, siempre careció de ellos.

Nunca otro fué mi deseo desde que tuve uso de razon sino granjearlos, aun á toda costa; pareciéndome, como real y verdaderamente lo son, tan importantes á la próspera como en adversa fortuna. ¿Quién sino ellos gusta de los gustos, conserva la paz, la vida, la honra y la hacienda, celebrando las prosperidades de sus amigos? ¿Y dónde, con adversidad, se halla otro refugio, benignidad, consuelo, remedio y sentimiento de los males como propios? El hombre prudente, antes debe carecer de todos y cualesquier otros bienes, que de buenos amigos, que son mejores que cercanos deudos, ni propios hermanos. De sus calidades y condiciones muchos han dicho mucho (y algun dia diremos algo, Dios mediante), mas á mi parecer, donde amistad se profesa, el trato ha de ser llano, que ni altere, ni escandalice, ni dé cuidado, ni ponga en condicion al amigo de perderse. Hanse de avenir los dos, como cada uno consigo mismo, por ser otro yo mi amigo. Y de la manera que suele suceder al azogue con el oro, que se le mete por las entrañas, haciéndose de ambos una misma pasta, sin poderlos dividir otra cosa que el puro fuego, donde queda el azogue consumido, tal el verdadero amigo, hecho ya otro él, nada puede ser parte para que aquella union se deshaga, sino con solo el fuego de la muerte sola. Débense buscar los amigos como se buscan los buenos libros; que no está la felicidad en que sean muchos, ni muy curiosos; antes en que sean pocos, buenos, y bien conocidos; que muchas veces, muchos impiden que sean verdaderas en todos las amistades. No que solo entretengan, sino que juntamente aprovechen al alma y cuerpo, que aquel se debe buscar que sin respeto de interés humano, aconseja el precepto divino; no que representen, sino que hablen, amonestan y enseñen. Y si aquel se llama verdadero amigo que con amistad sola dice á su amigo la verdad clara y sin rebozo, no como á tercera persona, sino como á cosa muy propia suya, segun la deseara saber para sí, de cuyas entrañas y sencillez hay pocos de quien se tenga entera satisfaccion y confianza; con razon el buen libro es buen amigo, y digo que ninguno mejor; pues de él podemos disfrutar lo útil y necesario, sin vergüenza de la vanidad que hoy se practica de no querer saber, por no preguntar, sin temor que preguntando revelará mis ignorancias; y con satisfaccion que sin adular dará su parecer. Esta ventaja hacen por excelencia los libros á los amigos, que los amigos no siempre se atreven á decir lo que sienten y saben por temor de interés ó de privanza (como diremos presto y breve), y en los libros está el consejo desnudo de todo género de vicio. Conforme á lo cual, siempre se tuvo por dificultoso hallarse un fiel amigo y verdadero; y son contados, por escrito están, y los mas en fábulas, los que se dice haberlo sido. Uno solo hallé de

nuestra misma naturaleza, el mejor, el mas liberal, verdadero y cierto de todos, que nunca falta, y permanece siempre, sin cansarse de darnos, y es la tierra. Esta nos da las piedras de precio, el oro, la plata, y demás metales, de que tanta necesidad y sed tenemos. Produce la yerba, con la que no solo se sustentan los ganados y animales de que nos valemos para cosas de nuestro servicio, mas juntamente produce aquellas yerbas medicinales que nos conservan la salud, y aligeran la enfermedad, preservándonos de ella. Cria nuestros frutos, dándonos telas con que cubrirnos y adornarnos. Rompe sus venas, brotando de sus pechos dulcísimas y misteriosas aguas que bebemos, arroyos y rios que fertilizan los campos, y facilitan los comercios, comunicándose por ellos las partes mas entrañas y remotas. Todo nos lo consiente y sufre, bueno y mal tratamiento, á todo calla; es como la oveja, que nunca la oirán otra cosa que *bien*: si la llevan á comer, si á beber, si la encierran, si la quitan el hijo, la leche, la lana y la vida, siempre á todo dice *bien*; y todo el bien que tenemos en la tierra, la tierra lo da. Ultimamente, ya despues de fallecidos y hediondos, cuando no hay mujer, padre, hijo, pariente, ni amigo que quiera sufrirnos, y todos nos despiden huyendo de nosotros, entonces nos ampara recogiéndonos dentro de su propio vientre, donde nos guarda en fiel depósito, para volvernos á dar en vida nueva y eterna. Y la mayor excelencia, la mas digna de gloria y alabanza, es, que haciendo por nosotros tanto tan á la continua, siendo tan generosa y franca, que ni cesa, ni se cansa, nunca repite lo que da, ni lo zahiere, dando con ello en los ojos, como lo hacen los hombres. En todos cuantos traté, fueron pocos los que hallé que no caminasen al norte de su interés propio, y al paso de su gusto, con deseo de engañar, sin amistad que lo fuese, sin caridad, sin verdad, ni vergüenza. Mi condicion era fácil, su lengua dulce, siempre me dejaron el corazon amargo, é indigestible, por lo arriba dicho. Empero segun el trato de hoy de tal manera corre la malicia, que mas nos debe admirar no ser engañados, que de serlo. Veíalos tan libres en prometer, cuanto cautivos en cumplir; fáciles en las palabras, y dificultosos en las obras. No hay Pílades, Asmundos ni Orestes; ya fenecieron, y casi sus memorias. Tanto lo digo por mi Pompeyo, y mas que por los mas que tuve, porqué á los mas ganélos hablando, y á él obrando. Muchos amigos tuve cuando próspero, todos me deseaban, me regalaban, y con sumision se me ofrecian; cuando faltaron dineros, faltaron ellos, fallecieron en un dia su amistad y mi dinero. Y como no hay desdicha que tanto se sienta como la memoria de haber sido dichoso, no hay dolor que iguale al sentimiento de ver faltar los amigos á quien siempre tuvo deseo de conservarlos. Ya me robaron, y quedé perdido; estuve algunos dias, aunque pocos, en casa de mi amigo, empero sentíle hacérsele muchos, en que poco á poco se me

despegaba, y como anguila paso á paso en la ocasion se me resbalaba, dejándome la mano vacía. Ofrecíase á lo Cordobés; ya vuesa merced habrá comido, no habrá de menester algo; nada prometió ciertamente, ni en algo dejó de quedar dudoso; y lo que me acariciaba no era tanto con ánimo de hacerlo, cuanto para que por justicia no cobrara de él mi hacienda. Leíle los pensamientos, y como los mios fueron siempre nobles, las veces que de mi pérdida trataba, si algun cumplimiento hizo, fué fingido; empero cualquiera que fuese me agraviaba de ello como de una grave injuria, y con muchas veras rechazaba sus burlas, como si no lo fueran, ó tuvieran algun fundamento, haciendo caso de menos valer, que se tratase de interés mio, no consintiéndole que me sintiese flaqueza de ánimo; antes por no traer inquieto el suyo, viéndole tan atribulado y corto, determiné dejarle, y pasar á Florencia. Comuniquéle aqueste pensamiento, diciéndole que deseaba mucho ver aquella ciudad, por las grandezas que de ella me contaban; y como le salí á su deseo, asió de la ocasion, refiriéndome muchas de sus cosas memorables, con que me levantó los piés, y creció la codicia. No lo hacia por loármela, ni porque la viese, sino por no verme ya en su casa, que es triste huésped el de por fuerza. Despues que le dije mi determinacion, volvió á resfrescar el viento del regalo, para obligarme con él á que saliese con gusto y en paz, y quedarlo él, por lo que de mí se temia. Significó pesarle de mi partida, pero nunca hizo resistencia en ella para que me quedase; preguntóme cuándo me queria ir, pero no lo que habia menester llevar, aun siquiera de buen comedimiento. Fácil cosa es el ver, y mas lo es el hablar, pero muy dificultoso el proveer; que no conocen todos los que miran, ni los que hablan hacen. Como ya no me habia menester, y yo necio le habia dicho que no pensaba volver mas á Roma, hizo él su cuenta, para que ó de qué me puede ya ser de provecho aqueste tonto; tratóme como yo merecia. Entonces conocí, en cuanto se deja conocer el ánimo generoso con el agradecimiento del bien recibido. En esta mudanza de fortuna, hallé á la vista mil daños nunca temidos: mas como aun entonces tenia resuello para pasar adelante, no desmayé de todo punto. Procuré olvidar lo que no pude remediar, tomando por instrumento la memoria de mi jornada; y como la novedad ó extrañeza de las cosas lleva tras sí el ánimo de los hombres, con deseo de saberlas, dime mucha priesa hasta salir de Siena, tanto por esto como por dejar á Pompeyo sosegado, que aunque suelen decir á los huéspedes: *Comed con buena gana, que con buena ó con mala, tienen de contárosla por comida,* me daba pena su cortedad, el sentirle su solicitud socarrona, y verle andar tan ciscado. Despedíme de él, y aunque por ser yo quien era, por la amistad que le tuve lo sentí de manera que al tiempo del apartarnos me faltaron palabras, tampoco en él vi lágrimas. Comencé mi camino á solas,

no con pocos pensamientos, ni libre de cuidados, que á fe que mi caballo no llevaba tanto peso, empero íbalos trazando y acomodando como se me hiciesen mas ligeros, mejor pudiese salir de ellos, cuando á pocas millas encontré con Sayavedra, que salia de Siena, en cumplimiento de su destierro. No me bastó el ánimo así que le conocí á dejar de compadecerme de él y saludarle, poniendo los ojos, no en el mal que me hizo, sino en el daño de que alguna vez me libró; conociendo por de mas precio el bien que allí entonces de él recibí, que pudo importar lo que me llevó. Y paga mal el que con grandes ventajas no satisface la gracia recibida; además que la liberalidad supone generoso espíritu, y es de tal precio, por traer su orígen del cielo, que siempre se halla en los ánimos destinados para él. No pude resistirme sin hablarle con amor, ni él de recibirme con lágrimas, que vertiéndolas por todo el rostro, se vino á mis piés abrazándose con el estribo, y pidiéndome perdon de su yerro, dándome gracias de que nunca, estando preso, le quise acusar, y dándome tambien satisfacciones de no haberme visitado luego que salió de la cárcel, dando culpa de ello á su corto atrevimiento y larga ofensa; empero que para en cuenta y parte de pago de su deuda queria como un esclavo servirme toda su vida. Yo que siempre le conocí por hombre de muy gallardo entendimiento, vivo de ingenio, aunque por el mismo caso un perdido, empero dispuesto para cualquier cosa, holguéme con su ofrecimiento; así caminamos poco á poco en buena conversacion. Aunque verdaderamente yo sabia ser aquel muy gran ladron y bellaco, túvele por de menor inconveniente, que si fuera necio, que nunca la necedad anduvo sin malicia, y bastan ambas á destruir no una casa, empero toda una república; porque ni el necio supo callar, ni el malicioso juzgar bien; y si como siente habla, el escándalo y los trabajos están ya de las puertas á dentro de casa. Parecióme que si de alguno quisiera servirme, habiendo pocos mozos buenos, que aqueste seria menos malo, supuesto que por sus mañas me habia de hacer (como si fuera Lacedemonio) traer la barba sobre el hombro; y era de menor inconveniente servirme de él que de otro no conocido, pues de él sabia ya ser necesario guardarme, y con otro, pareciéndome fiel, me pudiera descuidar, y dejarme á la luna. Con esto, y que ya mis prendas eran pocas en que pudiera lastimarme mucho, lo admití en mi servicio. Preguntóme ¿qué viaje llevaba? Respondíle, que á Florencia, por satisfacer el deseo de lo que de ella me decian; y él me dijo: Señor, aun habrá sido poco respecto de la verdad; porque la relacion de lo curioso y bueno jamás llegó á henchir aquel vacío. Algun tiempo he residido en ella, pero siempre como si entrara el mismo dia, por las varias cosas que á cada paso allí se ofrecia que ver, y de mi voluntad nunca la dejara, si amigos no me obligaran á ello. Comencéle á preguntar de algunas

cosas de su principio y fundacion, y él me dijo: Pues el tiempo de caminar es ocioso, y la relacion de lo que se me manda breve, diré lo que por curiosidad y con verdad he sabido. Comenzó á discurrir luego desde las guerras civiles á quien Catilina dió principio entre los de Fiesole y Florentines, las pérdidas que tuvieron ya los del bando romano, ya su enemigo Bela Totile. Como en tiempo del papa Leon III el emperador Carlo Magno envió un grueso ejército contra los Fiesolanos, dejando á Florencia reedificada en poder de los Florentines, hasta que el papa Clemente VII y el emperador Cárlos V por fuerza de armas la ganaron para restituirla en su antigua posesion de que habia sido despojada la casa de los Médicis, que sucedió en el año de 1529, y como desde allí en adelante siempre fueron gobernados por la cabeza de un príncipe. Y aunque se les hizo á los principios algo áspero, ya están desengañados y conocen con cuanta mayor quietud viven debajo de su amparo, con seguridad en sus haciendas y vidas. Díjome que el primero que tuvieron fué Alejandro de Médicis, que verdaderamente se pudo bien llamar Alejandro, por su mucha benignidad, magnanimidad y esfuerzo, aunque violentamente le perdió en lo mejor de sus dias. A este sucedió un valeroso Cosme, gran duque de la Toscana, cuya memoria por sus heróicos hechos y virtudes, por su cristiandad y buen gobierno, será eterna. Quedó en su lugar Francisco, el cual por haber fallecido sin heredero, sucedió en la corona el famoso Ferdinando, su hermano, vivo retrato de Cosme, su padre, y su heredero en Estados y virtudes. Hoy gobierna con tanto valor de ánimo y prudencia, que no se sabe de señor su igual que sea mas de voluntad amado de su gente. Si la relacion fuera un poco mas larga, fuera necesario dejarla para otro dia, porque parece que la midió con el tiempo, pues ya estábamos tan cerca de la noche como de la posada. Entramos á descansar, y á otra dia, tomando la mañana por llegar temprano á Florencia, nos dimos un poco de mas priesa en el camino. Cuando llegamos á vista de ella, fué tanta mi alegría que no lo sabré decir, por lo bien que me pareció de lejos; que aunque no lo estaba mucho, á lo menos descubríla de alto abajo. Consideré su apacible sitio, vi la belleza de tantos y tan varios chapiteles, la hermosura inexpugnable de sus muros, la majestad y fortaleza de sus altas y bien formadas torres; parecióme todo tal, que me dejó admirado. No quisiera pasar de allí, ni apartarme de su lejos, tanto por lo que alegraba la vista, cuanto por no hacerla ofensa de cerca, si acaso (como todas las mas cosas) desdijese algo de aquella tan admirable perspectiva. Mas considerando ser aquella la caja, vine á inferir que sin duda seria de mayor admiracion lo contenido en ella. Y no fué menos, porque cuando á ella llegué, y vi sus calles tan espaciosas, llanas y derechas, empedradas de losas grandes, las casas edificadas de hermosísima cantería, tan opulentas y con

tanto artificio labradas, con tanto ventanaje y arquitectura, quedé confuso, porque nunca creí que habia otra Roma. Y bien considerado su tanto, le hace muchas ventajas en los edificios; porque los buenos de Roma ya están por el suelo, y poco hay en pié que no sean sombras de lo pasado, ruinas y fragmentos. Pero Florencia todo es flor, todo está vivo, tan costoso y bien tratado, que dije á Sayavedra: Sin duda, si los habitadores de esta ciudad son tan curiosos en el adorno de sus mujeres como de sus casas, que son las mas bienaventuradas de cuantas tiene la tierra. Púsome tal admiracion, que quisiera con mucho espacio quedarme mirando cada uno de aquellos edificios: mas como por acercarse la noche no diese á mas lugar el dia, fué forzoso recojernos á la posada. No tardamos en llegar á una donde nos acariciaron con tanto regalo, que verdaderamente no lo sabré bien decir, como lo debo encarecer. Tanta provision, limpieza, solicitud, afabilidad y buen tratamiento. En esto estaba tan cebado, que casi me hiciera poner en olvido lo que mas deseaba. Pasóseme aquella noche sin sentirla, no se me hizo media hora, gracias á la buena cama, y á la mañana (bien que con dolor de mi corazon, que aquel entonces era mi monte Tabor) llamé á Sayavedra que me diera de vestir, y para que, como tan curial en aquella ciudad, me fuera enseñando las cosas curiosas de ella, en especial y primero la iglesia mayor; porque despues de oida misa, y encomendádonos á Dios, todo se nos hiciese dichosamente. Llevóme allá, y cumplida nuestra obligacion, estúveme bobo, mirando aquel famosísimo templo, y edificio del cimborio, que llaman allá cúpula, que mejor la llamaran cópula, por parecerme, y no á mí solo, sino á cuantos la ven, haberse juntado para ella toda la arquitectura que hay escrita, y mejores maestros de ella, teóricos y prácticos. Tan milagroso artificio, tal grandeza, fortaleza y curiosidad, sin duda ni agravio de cuanto se conoce hoy fabricado, se le puede dar lugar de octava maravilla. Considérese aquí quien algo de esto sabe, para que cuatrocientos y veinte palmos que tiene de alto la capilla sola, sin el remate de arriba, qué diámetro habrá menester, y en ello conocerá cual sea.

Otro viaje hice á la Anunciada, iglesia de este nombre, por una imágen que allí está pintada en una pared, que mejor se pudiera llamar cielo, teniendo tal pintura de la Encarnacion del Hijo de Dios; la cual se tiene por tradicion, haberla hecho un pintor, tan extremado en su arte, como de limpia y santa vida. Pues teniendo acabado ya lo que allí se ve pintado, y que solo restaba por hacer el rostro de la Vírgen Señora nuestra, temeroso, si por ventura sabria darle aquel vivo que debiera ya en la edad, en el color, en el semblante honesto, en la postura de los ojos, en esta confusion se adormeció muy poco, y en recordando, queriendo tomar los pinceles para (con el favor de Dios) poner manos en la obra, la

halló hecha. No es necesario aquí mayor encarecimiento, pues ya la hubiese milagrosamente obrado la mano poderosa del Señor, ó ya los ángeles, ella es angelical pintura. Y á este respecto, considerado lo restante de ella que el pintor hizo, se deja entender el espíritu que tendrá por el del artífice que mereció ser ayudado de tales oficiales. Tantos milagros hace cada dia, es tanto el concurso de la gente que la tiene devocion, y tanta la limosna que allí se distribuye á pobres, que me maravillé mucho como no eran ricos todos. Por ellos me vino á la memoria entonces el otro que me dijeron haber dejado la famosa manda de la albarda, haciéndoseme poco cuanto en ella se halló, respecto de lo que pudo ganar y dejar un tal supuesto. Y como sea notoria verdad, que *el hijo de la gata ratones mata,* mil veces me ocurrieron á la memoria cosas de mi mocedad: que si como llegué á Roma, hubiera venido allí con mis embelecos, tiña, lepra y llagas, pudiera dejar un mayorazgo. Consideré tambien que pocos de ellos eran curiosos ni políticos, antes bien burdos y de poco saber en respecto de los de mi tiempo; y como les conocia la flor burlábame de ellos. Gustaba de verlos, y quisiera de secreto reformarlos de mil imperfecciones que tenian. ¿Quién vió nunca que pobre honrado, buen oficial de su oficio, ni aun razonable, tuviese cuando mucho mas de hasta seis ó siete maravedís, ó cosa semejante, y no de mas valor en el sombrero? ¿ni caudal, que se le pudiese decir lo que allí á muchos, que ya les bastaba para comer aquel dia con aquello, que se fuesen y dejasen á los otros mas pobres? ¿Cuándo cupo en algun entendimiento de pobre, si no fuese pobre del entendimiento, aunque fuese principiante de dos meses de nominativos, tener un pan debajo del brazo, ni estar como vi á otro, con un palillo de dientes en la oreja? Entre mí dije: ¿O ladron pobre, traidor á tu profesion, luego tanto comes que te puede quedar algo entre los dientes? Ninguno vi que supiese donde iba tabla, no acomodaban cosa en su lugar ni tiempo conforme á ordenanza, todo se le iba en meter letra y no entonaban un punto. Allí reconocí un mozuelo de tiempo de Moros: ya estaba hombrecillo, solo era este quien algo sabia respecto de los otros; y á fe que quisiera yo tener puestas las manos donde tenia su corazon. Sin duda estaria riquillo, fué hijo de padres que pudieron dejarle mucho, eran muy gentiles maestros, era pobre de vientre y lomo, legítimo en todo; empero como todo requiere curso, y allí la justicia no les permitia tener academias, faltando los ejercicios y conclusiones, pueden echarse todos en un lodo con su briviática. Conocílo, y no me conoció; púdome bien decir: *tal te veo que no te conozco.* ¡Qué tentacion tan terrible me vino de hablarle! mas no me atreví. Díjele á Sayavedra: ¿Ves aquel pobre? aquel me puede hacer á mí rico. Preguntóme: ¿Pues cómo pide limosna? y díjele: Despues que una vez los hombres abren las bocas al pedir, cerrando los ojos á la

vergüenza, y atan las manos para el trabajo, entulleciendo los piés á la solicitud, no tiene su mal remedio. Vilo en una pobre de mi tiempo, la cual como se hubiese venido á Roma perdida, mozuela, enferma, comenzó á pedir, y llegando á estar sana, recia como un toro, tambien pedia; decíanla que sirviese, y decia que tenia mal de corazon, que se caia por el suelo cuando la daba, y hacia pedazos cuanto cerca hallaba. Con esto engañaba, y pasó algunos años, al fin de los cuales preguntando á uno que le dijo ser de su tierra, si conocia en ella sus padres, y diciéndole ser muertos, y haber dejado mucha hacienda, se puso en camino por la herencia, y fué tanta, que trataron de pedirla por mujer muchos hombres principales, y algunos de razonable hacienda (que no hay hierro tan malo que no pueda dorarse, todo lo cubre y tapa el oro), casóse con uno de muy buena parte y talle. Hallábase la mujer tan violentada no pidiendo limosna, que se iba secando y consumiendo, sin que los médicos atinasen con la enfermedad que tenia, hasta que se curó ella misma fingiéndose hipócrita, diciendo que por humildad queria pedir limosna para lo que habia de comer, y andaba por su casa entre sus criados de uno en otro mendigando; y porque todos la daban, aun aquello la causaba pena: encerrábase dentro de una cuadra donde tenia retratos, y pedíales limosna tambien á ellos. De esto se admiró Sayavedra mucho. De allí me llevó á la plaza de palacio, donde vi en medio de ella un valeroso príncipe, sobre un hermoso caballo de bronce tan al vivo y bien reparado, que parecian tener almas y movimiento. A mi parecer no supe, ni me atreví á juzgar cuál de los dos fuese mejor, aquel ó el de Roma; empero inclinéme, con mi corto saber, á dar á lo presente la ventaja, no por tenerlo presente, sino por merecerlo. Pregunté á Sayavedra, ¿cuyo retrato era el del caballero? Y díjome: Aquesta figura es del gran duque Cosme de Médicis, de quien por el camino vine tratando. Mandóle aquí poner para perpetua memoria el gran duque Ferdinando, su hijo, que hoy es. Quise saber por curiosidad qué altura tendria todo él; y como no pude alcanzar á medirle, me informaron, y lo parecia, que desde el suelo hasta lo mas alto de la figura tendria cincuenta palmos poco mas ó menos. A la redonda de esta plaza estaban otras muchas figuras de bronce vaciadas, y otras de mármol fortísimo, tan artificiosamente obradas que ponen admiracion, dejando suspenso cualquier entendimiento, y mas cuanto mas delicado, y solo al que sabe lo que aquesto sea. Despues visitamos el templo de San Juan Bautista, dignísimo de que se haga de él particular memoria, por serlo en su traza y demás cosas; el cual supe haberse fundado en tiempo de Octaviano Augusto, y haber sido dedicado á Marte. Allí me detuve viendo su antigüedad y fundacion; pues dicen de él, y se tiene per tradicion y razones de su fundacion, que será eterno hasta la consumacion del siglo, y puédese dar crédito; pues con tantas calamidades no le tiene consumido el tiempo, ni las guerras, habiendo sido aquella ciudad por ellas asolada, y quedado solo él en pié, y vivo. Es ochavado, grande, fuerte y maravilloso de ver, en especial sus tres puertas, que cierran con seis medias, todas de bronce, y cada una vaciada de una pieza, labradas con historias de medio relieve, tan diestramente como se puede presumir de los artífices de aquella ciudad, que hoy tienen la primacía en lo que se conoce de todo el mundo. Tambien tiene otra grandeza, y es, que habiendo en Florencia cuarenta y una iglesias parroquiales, veinte y dos monasterios de frailes, cuarenta y siete de monjas, cuatro recogimientos, veinte y ocho casas de hospitalidad, y dos del nombre de Jesus, en parte alguna de ellas no hay pila de bautismo, sino solo en San Juan, y en ella se cristianan todos los de aquella ciudad, tanto el comun, como los principales caballeros y primogénitos del mismo príncipe. Poco á poco en el discurso del tiempo que allí estuve fuímos visitando las demás iglesias: eran de tanto primor, tienen tanta curiosidad, que no es posible referir aun muy poco respecto de lo mucho de ellas, ni el entendimiento es capaz de aprenderlo, segun ello es, menos que con la vista; porque haber de hacer memoria de tanta máquina, y en cada cosa de tantas tan particulares y sutiles menudencias, tan excelentes pinturas y esculturas, enteras y de medio relieve, fuera necesario hacer un muy grande volúmen, y buscarles otro cronista para saber engrandecerlas algo. Tiene allí el gran duque una casa y jardin que llaman el palacio de Pati, cuya excelencia, grandeza y curiosidad, así de jardines, como de fuentes, montes, bosques, caza y aposento, que puede sin encarecimiento decirse de él ser cosa real y grande; tal que puede competir con otro cualquiera de su género de las de toda la Europa. No quise dejar de saber y ver la cerca de esta ciudad que tan admirable riqueza encierra, y hallé tener en circuito cinco millas, muy poco mas ó menos, tiene diez puertas y cincuenta y una torres. Toda la ciudad está del muro adentro, que no tiene arrabales. Pasa por medio de ella el rio Arno, encima del cual hay cuatro famosísimas puentes, labradas de piedras fuertes y espaciosas. Y siendo lo dicho en todo extremo bien hecho, compite con ello el buen gobierno, costumbres y trato general. Con justísima razon se llamó Florencia, como flor de las flores, y flor de toda Italia, y donde florecen mas tantas cosas! en junto, y cada una en singular: las artes liberales, la caballería, las letras, la milicia, la verdad, el buen proceder, la crianza, la llaneza, y sobre todo la caridad y amor para con forasteros. Ella, como madre verdadera, los admite, agrega, regala y favorece mas que á sus propios hijos, á quien á su respecto podrán llamar madrastra. El tiempo que allí residí vine á inferir por los efectos las causas, conociendo cuales eran los habitadores, por la política con que son

gobernados, y en la observancia que á sus leyes tienen, y cuan inviolablemente son guardadas. Allí verdaderamente se saben conocer y estimar los méritos de cada uno, premiándolos con justas y debidas honras para que se animen todos á la virtud, y no estimen los príncipes á pequeña gloria, que deben conocerla por la mayor que se les puede dar, cuando se dice de ellos que con sus famosas obras compiten con las de sus vasallos. Conocí juntamente ser verdad lo que me habia referido Sayavedra, acerca de los ánimos encontrados; allí vi algo de lo mucho que sobra en otras partes, envidia y adulacion, que todo lo andan, y siempre residen donde hay deseo de privanzas, y por acrecentarlas en grave daño de todos, unos y otros. Finos contadores de lo ajeno, lindos geómetras para delinear lo que cada uno puede, y lo que no puede. Quédese aquí esto, que pues con tanta perfeccion se ha pintado una ciudad tan ilustre y generosa, no ha sido buena consideracion haberla tiznado con un borron tan feo.

CAPÍTULO II.

Guzman de Alfarache va en seguimiento de Alejandro, que le hurtó los baules; llega á Bolonia, donde le hizo prender el mismo que le habia robado.

En Florencia me comí todo el caballo que saqué de casas del embajador mi señor, y una mañana me almorcé las herraduras; digo que para venderle mandé que se herrase de nuevo, y las que me quedaron en casa viejas las vendió Sayavedra, y almorzamos. Si la hereje necesidad no me sacara de allí á coces y rempujones, fuera imposible hacerlo de mi voluntad en toda mi vida; quiero decir, á ley de creo, porque habia ya tomado bien la sal y sondado la tierra. No sé despues lo que hiciera, porque al fin *todo lo nuevo aplace*, y mas á quien como yo tenia espíritu ambulativo, amigo de novedades; así lo juzgaba entonces por la mucha razon que para ello tuve de mi parte. Yo llegué allí por tiempo de festines, traíanme otros mozos floreando de casa en casa, de fiesta en fiesta, de boda en boda; en una bailaban, en otra tañian, aquí cantaban, acullá se holgaban, todo era placer y mas placer, un regocijo de balde y ciento al envite. No se trataba en todas partes otra cosa que loables ejercicios y entretenimientos, muchas galas y galanes, muchas hermosas damas con quien danzaban, gallardísimos tocados, ricos vestidos y curioso calzado, que se llevaban tras de sí los ojos y las

almas en ellos. ¡Ved qué negro adobo para que no se dañase el adobado! *Si no bebo en la taberna, huélgome en ella: no hay hombre cuerdo á caballo*, y menos en el desbocado de la juventud. Era mozo al fin, y como la vejez es fria y seca, la mocedad es muy su contraria, caliente y húmeda. La juventud tiene la fuerza, y la senectud la prudencia, todo está repartido, á cada cosa su necesario; y aunque casi siempre lo vemos, viejos mozos, por maravilla se hallan mozos viejos; y aun digo que seria maravilla, como hallar un peral que llevase peras por Navidad: en Castilla digo, porque no me cojan por ceca los de otras tierras que no conozco. Váyase dicho, que siempre voy hablando con el uso de mi aldea, que yo no sé como baila en la suya cada uno. Vuelvo á mi cuento. Érame importantísimo salir de Florencia huyendo de mí mismo, sin saber á qué, ni á dónde, no mas de hasta dejar consumidas aquellas pobres y pocas monedas que me quedaron, y la cadenilla de memoria, que á fe que nunca se me apartaba punto de ella, pensando en la hora que habia de blanquearla; y como se me dió con amor, pesábame que forzoso habia de tratarla presto con rigor. Quisiérala conservar si pudiera, no apartándola de mí; mas casos hay en que pueden los padres empeñar á sus hijos. Paciencia, haré cuanto pudiere, y á mas no poder, perdone, que quien otro medio no tiene, y fuerza se le ofrece, mayores daños comete. Luchando andaba conmigo mismo, cruel guerra se traba de pensamientos en casos tales. Consideraba de mí en qué habia de parar, con qué me habia de socorrer. ¡Válgame Dios! ¡qué apretado se halla un corazon cuando no está la bolsa! ¡Cómo se aflojan las ganas del vivir cuando á ella se le aflojan los cerraderos! Y mas en tierras extrañas, y resuelto de olvidar malas mañas, no sabiendo á qué lo ganar, y faltando de donde poderlo haber, careciendo de persona y amigos á quien atreverme á pedir, y lejos de pensar engañar, que si me quisiera dar á ello, no era necesario tanto trabajo ni cuidado. Cortada tenia obra para todo el año, donde quiera que llegara no me habia de faltar en que me ocupar, que Dios loado, lo que una vez cobré nunca lo perdí, solo el uso desamparé, que las herramientas del oficio nunca las dejé de la mano, conmigo estaban do quiera que iba. Salí de Roma con determinacion de ser hombre de bien, á bien ó mal pasar; deseaba sustentar este buen deseo, mas como de aquestos están los infiernos llenos, ¿de qué me importaba si no me acomodaba? *Fe sin obras es fe muerta.* Ya tenia mozo, ved que buen aliño para buscar amo. Habíame acostumbrado á mandar, ¿cómo quereis que me humille á obedecer? Paréceme (aun á mas de dos, pues no creo haber sido solo en el mundo) que fuera hombre de bien, si con aquel toldo que llevaba, con el punto en que me veia, viera que no me faltaba, y que para sustentar aquel ánimo generoso tuviera muchos dineros con que dilatarlo, aunque de milagro pusiera un santo el caudal para ello; y aun entonces no